

JULIO A. SÁEZ



OSWALDO

Historias de *El Mínimo Puti*



## Capítulo 1

### El nacimiento de *El Mínimo*

Se llamaba Oswaldo Cremallera Corredera, así, como sueña, pero escribía su nombre con W, como Washington. (Sus iniciales, por tanto, O. C. C.; pero sus conocidos malagueños creían que se llamaba Océ C. y le felicitaban el 19 de marzo). La W no especificaba si se trataba del político, el escritor, el actor, la ciudad o el estado, porque ignoraba que hubiera cinco posibles destinatarios del nombre. Pero ello no obstaba para que Oswaldo les recordara la W en cada presentación para que no hubiera malas interpretaciones ortográficas. Era un hombre que, a pesar de su apellido, no encajaba fácilmente. Tenía ideas propias, alguna de ellas peregrina, aunque él no hubiera recorrido nunca el Camino de Santiago; pero sí el de Timoteo Francachelas, su barman favorito, a quien acudía a diario en busca de Consuelo, su hermana, o de Socorro, la pequeña de los Franquis, que es como llamaba el barrio a los propietarios del negocio el *Bar Carola*, nombre que le puso la antigua propietaria porque le sonaba de algo y que los Franquis habían respetado por razones de economía al efectuar el traspaso.

Se había criado como único varón de un total de seis hijos que fueron encargando sus padres a la cigüeña, con

la esperanza de que les trajera un niño que se pusiera al frente del taller de calzado (siempre le llamaban así) llegado el momento. Para sus hermanas tenían planeado sendos matrimonios con jóvenes de buena familia (o de mala, pero con posibles). Las chicas eran hermosas, así que por ese lado no albergaban temores. Eran colocables. Las Cremalleras podían adaptarse a cualquier pantalón.

El padre murió inopinadamente; siempre había sido inoportuno y llevó esta peculiaridad suya hasta el extremo de morir sin avisar. La familia quedó con el tafanario al descubierto (me consta que hay quien lo expresa con palabras más vulgares). Hermelinda, la hermana mayor, que era las dos cosas a la vez, la mayor y la más linda, se hizo cargo de la fábrica de alpargatas que había regentado el desacertado progenitor, como director y también como único operario. Pero ya no era momento para ese tipo de calzado. Había sido sustituido por los mocasines, según la moda que había venido del otro lado del Atlántico. Al parecer era el calzado que llevaban los pieles rojas, y el Viejo Continente sucumbió a la moda imperante. Comenzaron a acumular deudas. Herme ennovió con chico extremadamente simpático que se ofreció a sanear el negocio. Lo vendió a un señor noruego quien, tras aprender los intrínquilis de la fabricación de la alpargata ibérica, se fue con el oficio y los beneficios a su país, donde la familia Cremallera perdió su pista. Los hermanos se reunieron para repartir el dinero de la venta, para encontrarse con que el dicharachero Frasquito, que así se llamaba

el novio de Herme, había marchado al Extremo Oriente a estudiar las diferencias gramaticales existentes entre el chino mandarín y el cantonés. Y es lo que tienen los intelectuales, que no sabes por dónde te van a salir... y este lo hizo pitando, como los grandes expresos europeos.

Mas Oswaldo, aparte de ser el menor de la familia, también era un inconformista, uno que no se encontraba a gusto en el puesto de mecanógrafo en la subsecretaría de Tonteridas dependiente del Ministerio de Avecace-mos, que, por cierto, no tiene nada que ver con el de Agrincultura, Cazasitatreves y Pescaloquepuedas; aunque podría. Nuestro hombre estaba hasta el gorro de pasar el plumero al teclado de la *Olivetti* para que pareciera que se usaba. Era un hombre de acción que envidiaba en secreto a los grandes capitanes de empresa como Atamancio Ortigueira o Florenciano Peris.

Compartía una obsesión con el autor del Quijote: no quería recordar el nombre de su lugar de nacimiento, que no era otro que la Huerta de Valdecarábanos, municipio toledano al norte de La Mancha cuyo gentilicio es «huerteño», en vez de «huertadevaldecarabineros», que es impronunciable en castellano por demasía de vocales, como lo es el idioma polaco por saturación de consonantes.

Oswaldo era devoto de la Virgen del Rosario de los Pastores. patrona de su pueblo, pero sin obsesiones extemporáneas. Lo era menos de San Nicolás de Bari, el patrono, a quien rechazaba por extranjero. Del templo recordaba los angelotes que enmarcaban la custodia. Un

amorcillo y una amorcilla que, por cierto, no era de Burgos sino simplemente celestial, como el resto de los ángeles, que ni son de aquí, ni son de allá, ni tienen edad ni porvenir, y menos por llegar...

El muchacho, por haber sido criado en un ambiente femenino, no era dado a escarceos amorosos y su libido estaba normalmente bajo mínimos. Consideraba a las otras chicas como hermanas lejanas. No se llega a la edad adulta siendo virgen por casualidad, sino porque los hados se han conjurado en tu contra. O a tu favor, que eso está por dilucidar. De haber sido las culpables las hadas, otro gallo sexual le hubiera cantado. Le había sido imbuido cierto reparo a perder la virginidad, pues era algo que se palpaba en su familia, algo chapada a la antigua. Sus hermanas eran temerosas de Dios y precavidas acerca de los hombres, según una moda ancestral que comenzaba a estar pasada de rosca. Al revés que Oswaldo, que lo era de las hembras. Reservón y huidizo como un toro de nulo trapío, a ello se sumaba que había oído por ahí que el amor mercenario traía consecuencias nefastas para muchos de sus usuarios, que contraían una enfermedad llamada «la goma reda». Ya solo el nombre metía miedo. Para su desgracia, su físico era atractivo, y eso lo sumía en permanente estado de inquietud cada vez que alguna vecina o amiga de sus hermanas se aproximaba a menos de cincuenta centímetros de su persona, lo que ocurría con cierta frecuencia. Seguramente a causa de la atracción gravitatoria.

Pasaron los años, y con ellos se desvaneció la inocencia. Un buen día, aprovechando uno de los días «moscosos», de los veinte que disfrutaba al trimestre, paseaba sin rumbo fijo por el interior de un famoso almacén por departamentos, el *Pontinglés*, y se puso, no británico, que no sabía en qué podía consistir, sino a pensar en su futuro, imperfecto hasta la fecha. Fruto de sus cogitaciones surgió una idea embrionaria: tenía que abrir un negocio... pero ¿de qué índole? La alpargatería no le seducía, pues ya la conocía y no estaba puesta al día. Por consiguiente, debía ser algo distinto, lucrativo y variopinto.

Arrastraba sus inquietudes por el pasillo central de la planta segunda del famoso comercio cuando acertó a ver una pareja compuesta por un varón pequeño y escuchimizado que acompañaba, quizá como bastón, a una señora que lo sobrepasaba en estatura, saber y gobierno, sobre todo en esto último. Recorrían a la sazón el departamento de lencería, de señora naturalmente, puesto que de caballero no existe, porque para dos calzoncillos y tres camisetitas de la marca *Abandonado* no merece la pena poner un minidepartamento.

Contemplando a la pareja, en su siempre fértil imaginación surgió la idea. Exactamente como si se le encendiera una bombilla mental. Quien haya leído el *TBO*, en especial al Profesor Franz de Copenhague, se hará la idea de cómo nació en su cerebro la genialidad. La asociación de ideas funciona, ¡eso lo saben hasta los psiquiatras! Las imágenes del marido chiquitín, la mujer y la lencería se

mezclaron entre sus neuronas, y ¡Chas! Y a continuación, ¡Cataplúm! La idea brotó en su mente como el agua en los manantiales de Beteta (Cu). Abriría una ¡CASA DE LENOCINIO PARA ENANOS!

«Esto hay que celebrarlo», se dijo jubiloso. Sentado en la cafetería del centro, observando su rostro abombado que se reflejaba en la copa de vino, comenzó a madurar la idea. Como fruto de la maduración temprana nació una primera decepción: la posible clientela era exigua si el objetivo había de ser obtener ganancias para costear los costes de la explotación y etc., sobre todo esto último. Había pocos potenciales usuarios, y además era posible que no todos quisieran hacer uso de los servicios que ofrecía. Se desanimó un tanto. La tercera copa reactivó sus sinapsis cerebrales y, paradójicamente, aclaró sus ideas. Se vio al frente del negocio. Concretamente en la puerta del establecimiento, recibiendo a los clientes con una copa de champán. En el frontispicio del local campeaba un nombre: *EL MÍNIMO PUTI*, y en la puerta: «La casa de los bajitos», por si alguien albergaba alguna duda. En el interior... ¡Ah, el interior! Allí campaban por sus respetos el color rosa palo acompañado por el fucsia, palo igualmente. Un espacio acogedor en el que, una vez acostumbrados al rosa y resignados al palo, apenas se percibían tres hermosas muchachas mimetizadas con la decoración; por suerte para ellas destacaba el blanco de sus dentaduras sobre el rosa de sus escasas vestimentas e igualmente el rosáceo de sus apretadas carnes. Desde la

calle se accedía a un *foyer*, y desde allí a fo... mentar las relaciones intersexuales. Tal vez podría ser él mismo el encargado de conducir a los clientes a sus lugares de esparcimiento, reservando las chicas para el solaz propiamente dicho.

Todo esto elucubraba Oswaldo mientras el rojo vino iba encontrando acomodo en el interior de su materia gris. Dudaba si la talla de las chicas a contratar debería ser de la S o la XL. La menor, se dijo, podía cuadrar a la clientela compuesta por timoratos, y la XL a los que no se arredraban ante lo exiguo de su tamaño y plantaban cara a las muchachas talludas. Lo que tenía claro era que debía huir de las medianías. Fuera las tallas M y L. Se levantó, para sentarse nuevamente tras comprobar que su estabilidad distaba mucho de ser la aconsejable para una deambulación correcta. «Para poca salud, ninguna», se dijo, e inmediatamente pidió otro vino.

Dos horas después, tras la ingestión de un pincho de tortilla y un escalope acompañados de un café más fuerte que Induráin al comenzar una ascensión al Tourmalet, se sintió con energías suficientes para abandonar el establecimiento y regresar a su casa. La euforia no le había abandonado, pues a cada instante se mostraba más seguro del éxito del negocio. Un asunto de trata de blancas en las que brillaría por su ausencia el racismo y en el que él mismo se aseguraría de que el trato a dispensar tanto a las blancas como a las sonrosadas o las «tostaditas» habría de ser óptimo.



Inmerso en esos pensamientos, casi bienaventurados, arribó a su domicilio. Cada segundo que trascurría se sentía más entusiasmado y seguro acerca del triunfo de la empresa.

—¡Herme! —pletórico de entusiasmo, llamó a su hermana mayor nada más trasponer el umbral del piso familiar. La chica acudió alarmada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas? —salió la joven a su encuentro.

—¡Casi nada, hermanita! ¡Que te he encontrado trabajo!

—¡Anda ya, guasón! ¡Mira que te tengo miedo! —respondió recelosa la joven.

—No temas, es un buen trabajo, y tu puesto será el de... de coordinadora de personal.

Todo esto se le ocurrió como fruto de una inspiración divina momentánea. Bueno, tal vez no fuera divina del todo; pero no le cabía duda de que le había venido de lo alto. Debía meditar sobre esta cuestión, pero sin prisas. Su negocio estribaba, ciertamente, en hacer el bien, puesto que lo fundamental era que cubría necesidades humanas y proporcionaba bienestar a ambas partes. «¡Igual que *Cáritas!*», se dijo exultante. Recordaba al cura de su pueblo cuando aseguraba que la palabra '*cáritas*' significa 'amor' en castellano, y eso sería su negocio: una distribuidora de amor. Pero sin involucrar a la institución católica,

que una de dos: o lo rechazaría de plano o desearía entrar en el negocio.

—¿Y... y es legal? —preguntó Herme con un hilo de voz. La muchacha desconfiaba de su hermano, de quien tenía opiniones contradictorias según en qué momentos.

—¡Naturaca! ¿Por quién me tomas?

—Por un tarambana irresponsable, para empezar —la chica no dudó en su respuesta.

—Pues para que lo sepas, vas a hacer el bien. A cuidar de las personas a tu cargo. Hasta puede que en unos años te den la medalla al Mérito Horizontal con colgantes rojigualdas.

—¿Tiene que ser rojigualda precisamente?

—Bueno, pienso que por tu labor ayudando a la segunda edad... a modo de milicia, ¿puede que a la tercera, también?

—¿Voy a trabajar en una residencia para mayores?

—¡Nooo! ¡Qué va! Pero entre tu clientela podría haber personas de cierta edad que saldrán rejuvenecidos, no te quepa duda. Esa es la finalidad.

Herme escuchaba los razonamientos cada vez más confusa. No acababa de tener claro en qué consistiría el trabajo que Oswaldo le anunciaba ¿Una... una clínica?

—¿Qué? ¿Aceptas? —su hermano le urgía a tomar una determinación.

La muchacha estaba en el paro por partida doble: el laboral y el amoroso, por lo que no se le presentaban otras alternativas.

—Está bien —claudicó—. Pero tienes que decirme de qué se trata.

—A su debido tiempo —aclaró Oswaldo, con la seguridad pintada a fuego en su semblante marmóreo—. Cuando tenga diseñado el organigrama del negocio en todos sus aspectos. Es algo complejo, y no quiero adelantar detalles.

—Si tú lo dices... —la voz de la muchacha mostraba cierta reticencia.

—Te va a encantar. Vas a conocer a muchas personas interesantes, y quién sabe si... —aventuró el joven, aunque no estuviera del todo seguro de su aseveración. Herme era una chica seria, y como desconocía su predisposición al negocio que le proponía se imponía la cautela.

• • •

El siguiente paso consistía en buscar un local idóneo para la actividad. La ubicación era fundamental. Debía estar lejos de una iglesia, pues suponía que el titular se iba a oponer a la proximidad del negocio. Las beatas, alentadas por el párroco, iban a suponer una oposición nada desdeñable. Debía ubicarse cerca de un centro de poder, económico a ser posible. La Bolsa, por ejemplo. Una concentración de establecimientos bancarios podría ser igualmente beneficiosa para el asunto. La vecindad con el Congreso de los Diputados también resultaría favorable, y una posible connivencia con un padre de la patria o quizá con